

PAUL JOHANN ANSELM
VON FEUERBACH

Kaspar Hauser

*Ejemplo de un crimen contra la vida
interior del hombre*

(y otros documentos)

Traducción de ARIEL MAGNUS
Epílogo de JULIO MONTEVERDE

ÍNDICE

| | |
|--------------------------|---|
| Sobre esta edición | 7 |
| Kaspar Hauser | 9 |

Apéndices

| | |
|---|-----|
| Muerte de Kaspar | 121 |
| Informe pericial del Dr. Osterhausen sobre Kaspar Hauser | 131 |
| El fragmento más antiguo y más largo de la «Autobiografía» | 149 |

Epílogo

| | |
|--|-----|
| Alrededor de un poema de Kaspar Hauser | 161 |
|--|-----|

SOBRE ESTA EDICIÓN

ANTES DE QUE SE convirtiera en una leyenda alemana moderna, gracias sobre todo a la novela de Jacob Wassermann (*Kaspar Hauser o la inercia del corazón*, 1908), a la obra de teatro de Peter Handke (*Kaspar*, 1967) y a la película de Werner Herzog (*Cada cual para sí y Dios contra todos*, 1974), la del adolescente expósito de Núremberg fue una historia real que ocurrió en el primer tercio del siglo XIX y produjo en su momento un sinfín de documentos, artículos, folletos y libros de no ficción. De estos últimos, el mejor escrito y documentado es el del eminente jurista Paul Johann Anselm von Feuerbach (1775-1833), que aquí vertimos al castellano según la edición de 1832. Del mismo año existe una traducción al inglés realizada por el cuarto conde Stanhope, Philip Henry (1781-1855), quien se iba a hacer cargo de la educación de Kaspar Hauser en Inglaterra y lo conoció personalmente, por lo que en su libro agrega algunas interesantes notas al pie que hemos sumado a su vez a las del propio Feuerbach. A modo de complemento se añaden también algunos tramos de los *Apuntes sobre Kaspar Hauser* (1832) de Georg Friedrich Daumer, el primer y más entusiasta tutor de Hauser, que Feuerbach cita demasiado profusamente como para que valga la pena traducir entero, pero del que a su vez deja afuera anécdotas y datos que sirven para terminar de caracterizar al objeto de estudio conjunto. Para que también sea una mirada contemporánea la que dé cuenta de la muerte de Kaspar Hauser, ocurrida al año siguiente de editados estos tres libros,

hemos resumido la crónica de aquel día difundida luego por su profesor de religión Heinrich Fuhrmann, así como el informe del médico que hizo la autopsia del cuerpo. Por último, se añade una autobiografía que escribió el propio Kaspar Hauser, la primera de varias y por esto también la más genuina.

Todos estos textos no representan más que una pequeña muestra de todo lo que se escribió sobre el caso, incluida la polémica subsiguiente acerca del posible origen noble de Kaspar (de la que dará cuenta el epílogo de Julio Monteverde), pero bastan para darnos una idea coetánea de los hechos que luego sirvieron de pasto de la ficción.

A. M., julio de 2016

I

EL LUNES DE PENTECOSTÉS es en Núremberg uno de los días feriados más espléndidos, durante el cual la mayor parte de los habitantes se dispersa por el campo o por las poblaciones vecinas. La ciudad, ya bastante extensa en relación con su escasa población actual, queda en esas circunstancias tan tranquila y despoblada, más si se trata de un bello día de primavera, que casi cabría compararla con aquella ciudad encantada del Sahara más que con una activa ciudad industrial y comercial. Sobre todo en algunas partes alejadas de su centro pueden tener lugar cosas secretas en público, sin por eso dejar de ser secretas.

Así fue como el lunes de Pentecostés (26 de mayo) de 1828, entre las cuatro y las cinco de la tarde, sucedió lo siguiente: un ciudadano que reside en la así llamada plaza de Unschlitt (en la cercanía del pequeño y poco visitado portal de Haller) se demoraba aún frente a su casa, para desde allí dirigirse al así llamado Nuevo Portal, cuando al darse vuelta descubrió, no lejos de él, a un joven vestido de campesino, parado en una posición de lo más llamativa y esforzándose como un borracho por avanzar, sin poder mantenerse debidamente erguido, ni estar en condiciones de guiar sus pies. El mencionado ciudadano se acercó al forastero, que le extendió una carta con la inscripción: «Al hidalgo señor capitán de caballería del cuarto escuadrón del sexto regimiento de caballería ligera de Núremberg».

Puesto que el denominado capitán vivía cerca del Nuevo Portal, aquel ciudadano llevó al muchacho forastero al puesto de guardia, desde donde llegó a la morada muy cercana del capitán

de caballería von W., que por aquel entonces comandaba el cuarto escuadrón del dicho regimiento.¹

Al criado del capitán von W. que abrió la puerta lo abordó, el sombrero sobre la cabeza y sosteniendo su carta en la mano, con las siguientes palabras: «Quiero ser del sexto, como lo fue mi padre». El criado le preguntó qué quería, quién era y de dónde venía. Pero el forastero no parecía entender ninguna de las preguntas y solo repetía las palabras «Quiero ser del sexto, como lo

1 En cuanto a las circunstancias más precisas acerca de cómo Kaspar fue con el mencionado ciudadano desde la plaza de Unschlitt hasta el puesto de guardia y de allí hasta el hogar del capitán de caballería von W., los expedientes son tan incompletos e insatisfactorios, y se encuentran tan sujetos a las dudas de la crítica histórica en lo que se refiere a las circunstancias específicas, que he creído poder ser muy breve en mi narración de más arriba. Aquel ciudadano indica por ejemplo que luego de haber intentado trabar conversación con el joven durante el camino y haberlo interrogado sobre algunas cosas, se dio cuenta finalmente de *que K. no sabía nada ni tenía concepto alguno de todo el asunto, por lo que había dejado de hablar con él*. Según esto, K. se mostró con él de la misma forma que lo hizo esa tarde con el señor capitán de caballería von W., luego en el puesto de guardia y en los días y semanas sucesivos. Al mismo tiempo, dicho ciudadano cuenta que al preguntarle por su procedencia, K. le respondió «de Ratisbona». Más aún, cuando llegaron al Nuevo Portal, K. le dijo: «Esto seguro que acaba de ser construido, porque se llama Nuevo Portal», etc. Que el testigo *crea* haber oído estas cosas y otras parecidas me parece tan indudable como esto: que *K. no las ha dicho*. Todo lo que sigue aporta evidencias irrefutables de esto. El guía de este tonto, pues por tal lo tenía, seguro que solo lo escuchaba a medias, por lo que bien puede haber creído escuchar aquellas palabras de la expresión formular de Kaspar «Ser jinete como lo fue mi padre». En general, los expedientes policiales surgidos en esta cuestión fueron realizados de un modo tal, contienen tantas contradicciones, toman tantas cosas incluso a la ligera y presentan *anacronismos* tan graves en algunas de sus partes fundamentales que solo con gran cautela pueden ser utilizados como fuentes históricas.

II

KASPAR HAUSER —NOMBRE QUE ha conservado hasta ahora— llevaba sobre la cabeza al llegar a Núremberg un sombrero de fieltro *de tipo citadino*, redondo y algo basto, forrado con *seda* amarilla y recubierto de cuero rojo, en el que se podía ver la imagen a medias arrancada de la ciudad de *Múnich*. Los dedos gordos de sus pies desnudos asomaban de unos botines de *tacones altos* completamente rotos y enchapados con herraduras y clavos, que además no eran de su talla. Alrededor del cuello llevaba atada una chalina de seda negra. Sobre una rústica camisa³ y un chaleco de lienzo a lunares rojos ya desgastados tenía una *chaqueta* de paño gris, a la que los campesinos suelen llamar rebeca o jersey, pero que más tarde, luego de ser examinada y analizada en detalle por los peritos, se reveló que el sastre no la había cortado como chaqueta campesina, sino que antiguamente, como ya lo demostraba el cuello plegable, había sido un *frac*, al que le habían recortado la parte trasera y cuya mitad superior había vuelto a hilvanar con torpes puntadas una mano ajena a la sastrería. También los *pantalones* de paño igual de gris, aunque algo más finos, y revestidos con el mismo género entre las piernas, como *pantalones de montar*, pertenecían originalmente a un criado, un mozo de cuadra, un guardabosques o algo por el estilo, no a un campesino. Kaspar llevaba consigo un pañuelito blanco de cuadrículas rojas con las siglas K. H. marcadas en rojo. Aparte de algunos trapos con estampados de

3 De la cual imprudentemente se deshicieron al principio, junto con las botas, alegando que eran de mala calidad. ¡Así se procedía con cosas que podían volverse de extrema importancia como indicios!

flores azules y blancas, una llave alemana y un papel con algo de *arena aurífera* —que nadie se va a poner a buscar en las cabañas de los campesinos—, en su bolso se encontraron un pequeño rosario con cuentas de cuernos y una importante provisión de bendiciones religiosas: además de rezos católicos manuscritos, había varios de esos impresos piosos que en el sur de Alemania, sobre todo en lugares de peregrinación, se ofrecen a menudo a la muchedumbre creyente a cambio de buen dinero, algunos de ellos sin pie de imprenta, otros que decían *Altöttingen*, *Burghausen*, *Salzburgo*, *Praga*. Sus edificantes títulos eran por ejemplo «*Centinela espiritual*», «*Nomeolvides espiritual*», «*Una potente oración, mediante la cual puedes participar de todas las santas misas, etc.*», «*Oración para el santo ángel protector*», «*Oración para la sagrada sangre*», etc. Una de estas exquisitas obritas religiosas, intitulada «*El arte de compensar el tiempo perdido y los años mal vividos*» (sin año) pareciera hacer burlona referencia a la vida que este jovencito había llevado hasta ahora, tal como él mismo la relató más tarde. Estos obsequios devotos que traía consigo no permiten dudar de que en este asunto no solo participaron manos mundanas.

La carta dirigida sin nombre al capitán del cuarto escuadrón del sexto regimiento de caballería que Kaspar traía en la mano cuando apareció en Núremberg tenía el siguiente contenido:

Desde la frontera bávara el lugar no se menciona 1828.

Muy hidalgo señor capitán de caballería

Le envío un muchacho que quiere servir fielmente a su rey, pidió él; este muchacho me fue encajado en 1812 el 7 de octubre, y yo mismo siendo un pobre jornalero, yo mismo tengo 10 hijos, yo mismo tengo suficiente que hacer para seguir adelante, y su madre me encajó a su hijo solo para que lo educase, pero yo no le pude hacer preguntas a su madre, entonces tampoco dije nada de que me habían encajado al niño, ante la justicia. Pensé que tenía que tenerlo como hijo mío, lo eduqué cristianamente, y desde los tiempos de 1812 que no lo dejé alejarse ni paso de casa para que

III

LA EXTRAÑEZA QUE PROVOCÓ la aparición de K. Hauser en Núremberg tomó en los días y semanas siguientes la forma de un oscuro y horripilante enigma, para el que en vano se buscó la solución con diversas conjeturas. No era ni tonto ni loco, sino tan manso, obediente y benigno que nadie podía caer en la tentación de considerar a este forastero como un salvaje o como un niño que había sido criado entre las bestias del bosque. Quitando aquellas frases siempre recurrentes, se manifestaba en él una carencia absoluta de palabras y conceptos, solo comparable con el estado de un fueguino, una ignorancia tan perfecta de los objetos más comunes y los fenómenos más cotidianos de la naturaleza, tal indiferencia y tal repugnancia por todas las costumbres, comodidades y necesidades de la vida, a la vez que unas características tan extraordinarias en toda su naturaleza intelectual, moral y física, que uno podría haber creído estar obligado a elegir entre considerarlo un habitante de otro planeta trasladado a la tierra por medio de algún milagro o uno de aquellos hombres de Platón, que nacido y criado bajo tierra solo a edad madura había subido al mundo superior y a la luz del sol.

Kaspar mostraba de manera permanente la aversión más enérgica hacia todas las comidas y bebidas, salvo pan duro y agua. No solo la degustación, sino incluso el mero aroma de nuestros alimentos habituales le provocaba estremecimientos, y más que eso: una gotita de vino, café o similar, mezclada a escondidas en su agua, le generaban sudores fríos, vómitos y fuertes cefaleas.⁷

7 Resulta lamentable que en toda la ciudad de Núremberg no haya habido una sola persona con el suficiente interés científico como para hacer de

IV

LUEGO DE LOS PRIMEROS días, Kaspar ya no era tratado en la torre como un prisionero, sino como un niño abandonado y desamparado que necesitaba cuidado y educación. El guardián lo llevó consigo a su mesa familiar, donde si bien no comía, aprendió a sentarse correctamente, utilizar sus manos como un ser humano y algunas otras costumbres de gente educada. Le gustaba jugar con los hijos del guardián, a los que a su vez también les divertía entretenerse con ese muchacho bonachón que por su gran ignorancia les resultaba gracioso incluso a los niños. El más grande de ellos, Julius, de once años, al que Kaspar le tenía un cariño especial, se puso como meta, no poco halagadora para su pequeña vanidad, enseñarle a hablar a ese joven vigoroso en el que ya brotaba el principio de una barba alrededor del mentón.

La curiosidad hizo que pronto acudiera un montón de gente cada día y a cada hora, muy pocos de los cuales se conformaban solo con mirar de hito en hito al manso salvaje. La mayoría se ocupaba de alguna forma con él, cada uno a su manera. Para algunos solo era un objeto de diversión o de experimentos científicos. Pero también había muchos que intentaban comunicarse con él de manera racional, despertar el intelecto o instarlo a expresarse. Uno le decía palabras y expresiones que luego le hacía repetir, el otro intentaba familiarizarlo con lo desconocido o hacer que entendiera lo inentendible mediante signos, pantomimas o lo que fuera. Con cada cosa, con cada juguete que la simpatía humanitaria del buen ciudadano de Núremberg le acercaba al pobre muchachito, este adquiría nuevo material para pensar y se iba enriqueciendo con

MUERTE DE KASPAR¹

... VISITÉ EL JARDÍN DE infantes que se encuentra bajo mi tutela, organicé allí con la celadora algunos eventos de navidad para mis pequeños y luego volví a casa, donde me ocupé de algunas tareas necesarias. Estaba en eso cuando se precipitaron por una de las puertas de mi habitación mi criada y por la otra mi hija mayor, ambas exclamando:

—¿Sabe ya que Hauser fue acuchillado en el parque del castillo?

—¿En el parque del castillo? —pregunto dubitativo y asustado.

—Sí, en el parque del castillo —me responden, pero sigo sin creerlo.

Finalmente (eran cerca de las cinco de la tarde) dejo lo que estoy haciendo, corro más que camino hacia la casa del maestro de escuela Meyer, a quien, como se sabe, fue confiado Hauser, y allí me confirman lamentablemente la triste noticia. En el lugar se encuentran tres médicos, además de una delegación de jueces y de policías. Lo primero que pregunté fue cuán peligrosa era la herida y obtuve como respuesta que la herida no era profunda, pero que aún no se podía sacar ninguna conclusión acerca de su peligrosidad. Cabe señalar aquí que hasta el arribo de los señores médicos es probable que la herida, muy profunda y absolutamente mortal,

1 Fragmentos de *Kaspar Hauser, observado y descrito en el último tiempo de su vida por su profesor de religión y confesor H. Fuhrmann*, 1934.

INFORME PERICIAL
DEL DR. OSTERHAUSEN
SOBRE KASPAR HAUSER

Núremberg, 30 de diciembre de 1830

MEDIANTE EL PRESENTE CUMPLO con el encargo que me hiciera el Real Tribunal Metropolitano y Distrital de Núremberg de «completar, en la medida de lo posible, la descripción personal de Kaspar Hauser». A su vez, solicito encarecidamente al Real Tribunal tenga la amabilidad de concederme su indulgencia por haberme demorado en la confección de este informe más de lo que hubiera debido por falta de tiempo, en razón de la actual sobrecarga de mis ocupaciones privadas.

Conocí a Kaspar Hauser unas tres semanas después de su arribo a esta y desde entonces he tenido a menudo la oportunidad de observarlo y también de atenderlo médicamente algunas veces, por lo que estimo estar en condiciones de poder ofrecer una descripción fiel a la verdad respecto a su estado físico y psicológico. Asimismo, y siguiendo el encargo que me fuera conferido, he practicado, en presencia del consejero del Real Tribunal, barón von Röder, una nueva revisión minuciosa de su persona, y a continuación daré fiel cuenta de todo lo que he observado.

Kaspar Hauser es un joven muchacho de entre 17 y 19 años, a juzgar por su aspecto, de contextura baja y robusta. Al llegar

EL FRAGMENTO MÁS ANTIGUO Y MÁS LARGO DE LA «AUTOBIOGRAFÍA»

Principios de noviembre de 1828

¡ESTA HISTORIA DE KASPAR HAUSER LA QUIERO CONTAR YO MISMO!

De cómo viví en la prisión, y describo cómo se veía y todo lo que tenía ahí dentro conmigo. La prisión tenía de grande seis a siete zapatos, y de ancho cuatro zapatos, había dos pequeñas ventanas, de ocho a nueve pulgadas en lo alto y también en lo ancho, y arriba en el techo era como un sótano. Ahí no había nada diferente que la paja donde yo me acostaba, y me sentaba, y los dos caballos, el perro, y las mantas de lana, y en la tierra al lado de mí había un agujero redondo en el que yo introducía mis necesidades, y el jarro con agua; si no no había más nada dentro, tampoco había un hogar. Yo quiero contarles lo que siempre he hecho, y lo que siempre he recibido de comer; y cómo viví mi largo tiempo; y hecho; tenía dos caballos de juego, y un perro, y bandas rojas así con las que limpiaba los caballos; y la ropa que tenía puesta esa era unos pantalones cortos y unos tiradores negros, y una camisa, pero los tiradores y los pantalones estaban cortados en la parte trasera, así yo podía efectuar las necesidades, es que yo no podía sacarme los pantalones porque nadie me lo había enseñado. Quiero dar una parábola de un día como siempre lo hacía y era, cómo pasaba mi día.

Cuando me des pertaba, ahí estaba el agua y el pan a mi lado. Ahí mi primero era beberme el agua, luego comer un poco de pan,

ALREDEDOR DE UN POEMA DE KASPAR HAUSER

JULIO MONTEVERDE

*A la pequeña Olivia,
bella como la trayectoria del cometa.*

I

¡Cómo!, se me dirá; la necesidad de atender a sus necesidades y de satisfacer sus pasiones, ¿no será suficiente para desarrollar todas las operaciones de su alma? Yo contesto que no; porque mientras viva sin comunicación con el resto de los hombres, no tendrá ocasión de ligar sus ideas a signos arbitrarios. No tendrá memoria; y por consiguiente su imaginación no le estará sometida, de lo cual resulta que será enteramente incapaz de reflexión.

Condillac: *Ensayo sobre el origen de los
conocimientos humanos*

DURANTE MUCHO TIEMPO FUERON una auténtica obsesión. Las noticias acerca de «niños salvajes» se multiplicaban, principalmente antes y después de la Revolución francesa. Y de la primera sorpre-

sa al descubrir a un ser humano en bruto se pasaba rápidamente a la necesidad de domesticación y al interés por los avances del proceso, pues se esperaba de ellos que revelaran nada más y nada menos que el mecanismo por el cual el animal se convertía en ser humano. Anteriormente, ya Rousseau, Condillac y Locke habían estimulado este aumento de la atención al hablar de la «naturaleza humana». El debate pretendía llegar a un punto en el que fuera posible sintetizar esa misma naturaleza a través de una enunciación concluyente... Para el público, por su parte, el enigma no podía ser más atractivo: ¿qué quedaría del ser humano si se le quitaba toda la sucesión de capas de historia y cultura que se agolpan en cada uno de sus gestos y sus palabras? Los niños salvajes parecían ofrecer un hilo para recorrer ese laberinto. En cierto modo, parecían surgir de su mismo centro. El resultado final de todo este proceso debía ser el triunfo inapelable del proceso civilizatorio. Los estrepitosos fracasos, en casi todas las ocasiones, solían empujar a estas historias al olvido general.

Y es que, afortunadamente, si la existencia de todos estos casos ha demostrado algo a lo largo de la historia es precisamente que no existe nada parecido a una naturaleza humana. Que, como afirmaba Lucien Malson, el conjunto de determinaciones genéticas y fenotípicas propias de la especie no es capaz de imponer ningún comportamiento cultural. «Pero en cambio —agrega también Malson— esta ausencia de determinaciones particulares es perfectamente equivalente de una presencia de posibilidades indefinidas. La vida cerrada, dominada y reglada por una *naturaleza dada*, es sustituida aquí por la existencia abierta, creadora y ordenadora de una *naturaleza adquirida*».¹ Si esta «naturaleza

1 Lucien Malson: *Les enfants sauvages*, Editions 10/18, París, 1964, pág. 8. [La cursiva es del autor].